



Las muchachas de Sanfrediano



Vasco Pratolini

Traducción del italiano a cargo de
Amelia Pérez de Villar



IMPEDIMENTA



Título original: *Le ragazze di Sanfrediano*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2013

© 1949 Botteghe Oscure, Rome

© 1952 Vallecchi, Florence

© 2010 RCS Libri S.p.A., Milan

Copyright de la traducción © Amelia Pérez de Villar, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

ISBN: 978-84-15578-90-1

Depósito Legal: M-24660-2013

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL BARRIO DE LOS CAZURROS MODELO

El barrio de Sanfrediano está «al otro lado del Arno». Es ese enorme montón de casas que se alzan entre la orilla izquierda del río, la iglesia del Carmine y las laderas de Bellosguardo. Desde lo alto, como si fueran contrafuertes, lo circundan el Palazzo Pitti y los bastiones mediceos. El Arno discurre en ese tramo más tranquilo en su lecho, y es allí donde encuentra su curvatura más dulce, más amplia y maravillosa, mientras lame el parque de Le Cascine. Cuánta perfección se intuye en Sanfrediano, en una civilización convertida en naturaleza, la inmovilidad terrible y fascinante de la sonrisa de Dios la rodea y enaltece. Pero no es oro todo lo que reluce. Sanfrediano es el barrio más malsano de la ciudad, pues en el corazón de sus calles, populosas como hormigueros, se encuentran el Depósito Central de Basuras, el Hospicio, los cuarteles. Una gran parte de sus almacenes alberga a los chatarreros y a los que

cuecen los entresijos de las reses para comerciar con ellos y con el caldo de la cocción. Y ¡mira que está bueno!: los sanfredianinos lo desprecian, pero se alimentan de él, y lo compran por garrafas.

Las casas son antiguas por sus piedras, pero lo son más por su desolación; forman, unas al resguardo de las otras, una manzana inmensa que de pronto se interrumpe con la abertura de una calle, con el aliento imprevisto e increíble de la orilla del río y de las plazas, abiertas y aireadas como plazas de armas, amplios remansos de armonía. Las anima el clamor alegre y pendenciero de su gente: del halconero al chatarrero y a los operarios que trabajan en los talleres de la zona, los oficinistas, los artesanos marmolistas, los plateros o los guarnicioneros, cuyas mujeres desempeñan también, casi todas, su propio oficio. Sanfrediano es la pequeña república de las trabajadoras a domicilio: silleras, pantalone-
ras, planchadoras y cesteras que con su esfuerzo, que han robado al cuidado de la casa, consiguen eso que ellas llaman «lo mínimo superfluo que necesita una familia», casi siempre numerosa, a la que el trabajo del padre —cuando lo hay— aporta solo el pan y el companaje.

Esta gente de Sanfrediano, que constituye la parte más tosca y vivaracha de los florentinos, es la única que conserva intacto el espíritu de un pueblo que hasta de la propia chabacanería ha sabido sacar hermosura, y de su ingenio una impertinencia sin límite, la verdad sea dicha. Los sanfredianinos son sentimentales y despiadados al mismo tiempo: su idea de la justicia la representan los trofeos del enemigo colgados en un farol, y su imagen del Paraíso, puesta en un proverbio, es poética y vulgar, un lugar de

utopía donde hay abundancia de mijo y escasez de pájaros. Creen en Dios, como ellos dicen, porque creen «en los ojos y en las manos que este les ha dado» y, lógicamente, la realidad les termina pareciendo el mejor de los sueños posibles. Su esperanza está puesta en lo que día a día pueden conquistar, y que no les basta. Son tercos e inquietos, precisamente porque el fondo de su alma está pavimentado de incredulidad. Su participación en los acontecimientos de la historia ha sido iluminada y constante, a veces incluso profética, si bien carente de compostura. Lo único que han hecho ha sido revestir de ideales más modernos sus mitos y banderas, pero su intransigencia, su animosidad y su despreocupación han permanecido invariables. Y si entre la Piazza della Signoria y las tumbas de la Santa Croce se agolpan, inagotables, las sombras de los Grandes para encender con fuego sagrado los gélidos espíritus de la modernidad, el pueblo que fue contemporáneo de aquellos Padres deambula en carne y hueso por las callejas de Sanfrediano, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Los pocos de los suyos que merecen una gloria humilde y maligna existen todavía: Buffalmacco¹ y el Burchiello,² están vivos entre los habitantes de Sanfrediano. Y también las mismas mujeres y muchachas que pueblan las novelas y las crónicas antiguas; bellas, amables, audaces, descaradas... aquellas en cuyo rostro, en cuyas palabras y en cuyos gestos

1. Buonamico Buffalmacco, también conocido como Buonamico di Martino (Florencia, circa 1290–1340), fue un pintor italiano, activo en Florencia la primera mitad del siglo XIV. (*Todas las notas son de la traductora.*)
2. Domenico di Giovanni, más conocido como il Burchiello (Florencia, 1404–Roma, 1449), fue un poeta italiano del Quattrocento.

la castidad misma toma el significado de un misterioso e irresistible embeleco, y la promiscuidad su sentido explícito, lejos de un candor del que está exenta: aquí uno da un paso y se las encuentra. Y entre las chicas hay una, una que se dedica a enrejar sillas, que por su juventud, belleza y tosquedad hace de abanderada. Ella fue la que devanó y después soltó la madeja que ligaba a Bob y a sus amigas. Y esta es una aventura de nuestro tiempo, y merece ser contada.